

máxime cuando el autor tituló su poesía reunida hasta 1984 con las palabras *Magias e invenciones*. Ese realismo mágico, que actualmente se aplica a autores de géneros literarios y actitudes ciertamente diversos ante el arte y la vida, habrá que atribuirlo a Gastón Baquero con todas las peculiaridades que hasta aquí he tratado de esbozar muy escuetamente. Para reconocer el temple original de su realismo mágico, basta con pensar en que el punto de partida de ese proceso fantaseador y mágico no es, con frecuencia, un episodio o un ambiente estrictamente «realista» (en el sentido de representación del entorno físico y humano del momento): Baquero, aunque nos hable siempre de la realidad —pues de otra cosa no puede hablar la poesía— suele remontarse a referentes objetivos lejanamente pretéritos o ficticios, que le permiten realizar con mayor libertad su proceso fabulador de índole fantástica.

Otro elemento indispensable para delinear su visión del mundo, y que emerge como consecuencia de lo anterior, es la confusión de los tiempos históricos en un presente —el presente del poema— donde todas las edades se superponen. Si el mundo, en su sustancia oculta, no ha cambiado desde su creación, pese a las continuas transformaciones de su aspecto, todas estas formas o máscaras en que el mundo se nos muestra podrían haber acontecido en un tiempo cualquiera. El tiempo, que para Aristóteles y toda la filosofía clásica era un accidente, en la poesía de Baquero tal accidente gana precisamente en su carácter *accidental* y se entiende como una circunstancia tan confusa y arbitraria como las máscaras con que el mundo se disfraza de continuo. Léase a este efecto el poema titulado propiamente «Memorial de un testigo», donde el yo poético confiesa su participación en los hechos más distintos y distantes de la historia, para luego exclamar: «¡Ay las cosas que he visto sirviendo de distracción al hombre y engañándole sobre su destino!//Un día, dejadme recordar, vi a Fra Angélico descubrir la luz de cien mil wátios,/y escuché a Schubert en persona, canturreando la Bella Molinera.//No sé si antes o después o siempre o nunca, pero yo estaba allí, asomado a todo/y todo se me confunde en la memoria, todo ha sido lo mismo:/un muerto al final, un adiós, unas cenizas revoladas, ¡pero no un olvido!»<sup>15</sup>. Y el poema concluye con una nueva y estremecedora

formulación de esa confusión de todos los tiempos: «(...) siempre habrá un testigo que verá convertirse en columnilla de humo/lo que fue una meditación o una sinfonía, y siempre renaciendo». Parece que la mirada de Valéry se abre ahora hacia horizontes más amplios: no sólo hacia las olas de su *cementerio marino*, no sólo hacia la naturaleza en su esencialidad más pura, sino también a la historia universal de las civilizaciones con todo su extenso despliegue temporal, por muy corto que a Baquero le resulte.

Y penetrando ahora, no ya en el núcleo duro de la cosmovisión poética de Gastón Baquero, pero sí en uno de sus elementos más sustantivos, el antropológico, se hace necesario advertir que esta poesía nunca nos ofrece una delectación solipsista del yo poético en las maravillas del mundo o una salvaguarda individualista ante la muerte. Muy al contrario, en esta personal indagación de la condición humana que realiza Gastón Baquero, siempre aparece uno de los aspectos esenciales de nuestra naturaleza: nuestra alteridad, el inevitable ser-para-otro que se consume en el amor y que siempre llama a las últimas puertas del espíritu. La poesía de Baquero es un canto esencialmente amoroso, un amor manifestado en sus distintas facetas, pero acosado siempre por el origen de todo amor humano: la conciencia de nuestra irreductible soledad individual y la necesidad de vivir-en-y-para-el-otro. Y Gastón expresará ese amor del modo más humano posible, que nunca puede prescindir de nuestro ser corpóreo y de las motivaciones sensuales que acompañan a todo amor verdadero. Para ello Baquero desplegará toda la finura y riqueza de su sensibilidad y no regateará para el amor su poderosa capacidad imaginaria. Observemos con qué apetencia espiritual y con qué sensualidad celebra la necesaria comunión amorosa en el «Nocturno luminoso»: «Como un mapa o como una mariposa que se queda adherida en un espejo,/la dulce piel invade e ilumina las praderas oscuras del corazón;/inesperadamente así, como la centella o el árbol florecido,/esa piel luminosa es de pronto el adorno más bello de una vida,/es la respuesta pedida largamente a la impenetrable noche:/una llama de oro, un resplandor que vence a

<sup>15</sup> Vol. I, p. 85. *La cursiva es mía.*

todo abismo,/un misterioso acompañamiento que impide la tristeza»<sup>16</sup>. A pesar de la configuración versicular de este y de tantos otros poemas suyos, el ritmo solemne del verso contribuye a reproducir con toda su intensidad el hecho erótico supuestamente vivido.

En todos los momentos de su poesía asistimos, más o menos explícitamente, a la conciencia de su soledad individual y a la impostergable apelación al otro que lo redima de esa máxima miseria. Uno de los textos consagrados a perfilar con nitidez esta esencial necesidad humana, lleva por título «El mendigo en la noche vienesa» (incluido en *Memorial de un testigo*). Pero, paradójicamente, ese mendigo presenta un aspecto majestuoso y sumamente respetable: he aquí la clave de esa suprema dignidad, expuesta al final del poema: «Y nadie, nadie puede ayudarle, ni hacerle la caridad que mudamente pide,/ni hoy ni mañana ni nunca,/porque al hombre le es fácil compartir sus monedas,/pero a ninguno le es dado pelear contra la soledad de un semejante»<sup>17</sup>. Este final, tan claro racionalmente, aparece después —y sorprendentemente— de una extensa descripción sobre la majestad de tal mendigo: «No puedo olvidar su gesto de Carlomagno, su barba/blanquísima y autoritaria, su talante de archiduque de la resignación,/ni su mano tendida en forma que parecía ordenar que se le hiciese caridad,/como si él fuese el emperador de los pobres y la cúpula de la miseria.//Su inolvidable silencio, golpeador, despertante, molesto silencio/de quien está por dentro henchido de verdades y desdeña decirlas,/se adelantaba al paseante de la noche, lo sitiaba e iba zaran-deándole (...). Y es que, en el entender de Gastón, un ser humano alcanza su dignidad suprema en este mundo cuando adquiere conciencia de su inherente soledad y lucha en busca de la comunión amorosa, sea de la índole que sea. No obstante, lejos de cualquier ingenuidad vulgar, Baquero sabe cuán alto precio ha de pagarse no sólo por la comunión plena, sino por la misma comunicación de los humanos: por eso «nadie, nadie puede ayudarle, ni hacerle la caridad que mudamente pide». Este mendigo esencial ha ganado la mayor lucidez y el más hondo humanismo de espíritu: la majestuosidad más admirable, a fin de cuentas.

Apuntado este rasgo del sólido humanismo y la sabia ternura de Baquero, creo oportuno terminar este peque-

ño esbozo de su cosmovisión y estilo poético aludiendo a otra constante de su personalidad y de su obra lírica, que garantiza la coherencia entre ambas y la autenticidad de esta última. Me refiero a esa difícil y justa medida a la hora de transmitir las reacciones de su acendrada sensibilidad, aguzada hasta un punto realmente extraordinario. Sin embargo, ese fino espíritu, que desde joven oye cantar la alondra en las puertas del cielo y que se asombra de sentir crecer las rosas debajo del jardín, rehuye siempre cualquier confesionalismo superfluo y cualquier efusión desmesurada de un sentimiento que razonablemente no interesa a nadie. El poema, como su conversación, puede empezar lenta y fríamente —y esto asombra en un corazón tan ardoroso—, pero sólo el buen lector y el buen conversador podrán apreciar la palpitante sensibilidad de sus palabras. Es un rasgo constante y consciente a lo largo de toda su vida. Ya en las juveniles «Palabras escritas en la arena por un inocente», el yo poético se identifica con «el niño olvidado por su padre en el parque.//De quien ignoran que ríe con todo su corazón, pero jamás con los ojos»<sup>18</sup>. Y en un texto más reciente, publicado en los *Poemas invisibles* (1991) y titulado «Himno al doncel de Sigüenza», el poeta presenta como modelo de heroísmo al célebre doncel esculpido en la catedral de su ciudad, y espera para sí el mismo destino de este personaje inmortalizado por la escultura: *Arder por dentro siendo/helada piedra al exterior*<sup>19</sup>. Es una rotunda manifestación del pudor con que su sensibilidad despierta se purifica siempre de todo vacío sentimentalismo.

Hasta aquí he pretendido celebrar la posesión de esta edición reciente de su poesía completa y he aprovechado la ocasión para apuntar brevemente las señas de identidad de una voz poética siempre sorprendente pero inconfundible. En el volumen de sus ensayos escogidos el lector no se encontrará nunca con un crítico literario académico ni con un historiador erudito: encontrará al humanista, al ensayista que encarna el rigor de su sabiduría en un lenguaje tan personalísimo como el de su obra en verso. Se siente hablar a Gastón en cada ren-

<sup>16</sup> En *Memorial de un testigo*, vol. I, pp. 93-94.

<sup>17</sup> Vol. I, p. 107.

<sup>18</sup> Vol. I, p. 25. *La cursiva es mía*.

<sup>19</sup> Vol. I, p. 221.

glón de sus ensayos, y sintiendo su voz se aprenderán sus luminosos hallazgos en el terreno de las letras y de la historia. Un crítico siempre en vela ante cualquier fenómeno literario digno de admiración; por poner un ejemplo, ahí está, en una pequeña ficha, la valoración más justa de García Márquez mucho antes de que éste hubiera publicado *Cien años de soledad*. Una breve novela, *La hojarasca*, le bastó, en 1960, para anunciar la llegada de uno de los mayores novelistas de nuestro siglo. Y hay que leer las razones que sostienen la firmeza de su juicio, tanto en éste como en todos los restantes ensayos.

Sólo espero que esta publicación de su obra escogida contribuya definitivamente al conocimiento de uno de los grandes poetas y ensayistas sinceramente hispanoamericanos, sin que por ello haya dejado de ser un escritor universal.

**Carlos Javier Morales**

## El círculo Eranos<sup>1</sup>

**A** una mujer inquieta y flexible, Olga Fröbe, al patrocinio de Rudolf Otto y a la inspiración del gran Carl Gustav Jung, debemos el nacimiento, a principios de los años 30, del Círculo o Escuela Eranos. Un hermoso lugar al norte del Lago Mayor, Ascona, en la Suiza italiana, fue el espacio donde, a lo largo de más de cincuenta años, un grupo de especialistas mundiales en

una serie de ramas muy concretas del saber (mitología, orientalismo, psicología, antropología, simbología, espiritualidad), se reunieron para debatir temas esenciales para el ser humano y, posteriormente, recoger sus conferencias e intervenciones en una serie de volúmenes, hoy de importancia impagable.

El Grupo Eranos nace en unos años, como señala Ortiz-Osés, en que los europeos se radicalizan de manera dramática, los comienzos de los años 30. Fascismo y marxismo van a ser las opciones radicales que acabarán desembocando en el enfrentamiento terrible de la Segunda Guerra Mundial. El afán, por tanto, del grupo Eranos de lograr aproximar y fundir el pensamiento y de las culturas de Occidente y de Oriente, —en lo que éstos tenían de *esencial*— resulta hoy, después de tantas tensiones y sangres, verdaderamente iluminador.

Cuando, al referirnos al pensamiento, hemos subrayado el término *esencial* estamos haciendo referencia no sólo a un tipo de conocimiento que se aleja de aquellas ideologías dominantes y extremadas de la Europa de entonces, sino que responde a unos valores perennes, de eternidad, que no sólo se interesaban por el hoy, sino por la carga ejemplar del pasado y por un futuro esperanzador y más humano. Todos esos valores del espíritu —encauzados, eso sí, en las diversas ramas científicas del saber que atrás hemos subrayado— se centran muy bien en el lema —¡tan jungiano!— grabado en una piedra del lugar en el que se celebraron los encuentros: «Al genio (o espíritu o numen) ignoto del lugar». Los encuentros estaban, pues, dirigidos a un tipo de saber que no era el trillado y aparente, sino al que se encontraba velado detrás de la realidad cotidiana, a veces aparente y más engañosa. «Nada oculto puede ser revelado por la vía del raciocinio», había escrito el propio Jung en otro momento. Bajo este punto de vista, se trataba de desvelar ese *misterio fértil* por el que, por cierto, también se comenzaban a interesar en aquellos años algunos

<sup>1</sup> El círculo Eranos. Una hermenéutica simbólica del sentido, revista *Anthropos*, n° 53 y Una interpretación evaluativa de nuestra cultura. Análisis y lectura del almacén simbólico de Eranos, *Suplementos Anthropos*, n° 42. Kerényi, Neumann, Schölem, Hillman, Arquetipos y símbolos colectivos, *Círculo Eranos I, Anthropos*, Barcelona, 1994.